

¿Ya tiene usted los tres
últimos grandes éxitos?

Número dedicado a
ÁNGEL GUIMERÁ

TIERRA BAJA

El sexto libro de la
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

Una mujer de París

y el tercer libro de la
COLECCIÓN DE
OBRAS MAESTRAS

Bajo las garras del oro

EDICIONES DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

¡No deje usted de adquirirlos!

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETS, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 108

25 cts.



RISAS Y
LAGRIMAS

por

Betty Balfour
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 108

RISAS Y LAGRIMAS

Interpretación de
BETTY BALFOUR



Exclusiva de L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66 :: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ELLIOT DEXTER

En uno de esos barrios sombríos y trágicos de Londres vivía, feliz como una golondrina, la huérfana Ketty Adams, más conocida por su apodo de «Tip-toes». Era corista de un teatro de «varietés» y su sueño dorado iluminaba el porvenir con la esperanza de llegar a ser algún día estrella de «music-hall».

En la misma casa habitaba también el joven escritor Enrique Valley, autor de novelas que nadie leía, a no ser su alegre vecinita.

Con un poco de verdad y otro poco de fantasía—como se escriben la mayor parte de las novelas—, Enrique iba tejiendo una historia de amor, en la que él y «Tip-toes» actuaban de protagonistas.

Mucho tiempo después quedó terminada la novela, y he aquí una de las escenas finales del último capítulo:

«...El reloj de la iglesia cercana desgranó en el aire las doce lentas y agoreras campanadas de la medianoche. Las dos mujeres que se encontraban en la antigua habitación de «Tip-toes», adornada como para una fiesta, sintieron un escalofrío...»

—Dos años hace que no se encendía fuego en esa chimenea... desde que «Tip-toes se marchó—dijo una de las mujeres, portera de la casa—. Sin embargo ha querido conservar es-

ta habitación, y para ello ha venido pagando puntualmente su alquiler.

La otra mujer paseó su mirada por la lujosa mesa que la ausente dueña de la habitación había mandado preparar para aquella noche, y comentó:

—¡No es de personas en su cabal juicio esto de organizar una cena para la una de la madrugada!... Los cocineros que han venido y que han improvisado abajo la cocina, creen que no anda bien de la cabeza...

—¡Tengo unas ganas de verla!...—exclamó la portera—. Su vida, en estos dos años, fué un verdadero cuento de hadas.

Mientras así hablaban las dos mujeres, en otro barrio de la inmensa ciudad, en el interior humilde y decoroso de un pisito modesto, un hombre encorvado por los años esperaba, en la noche silenciosa, la hora fijada, para entregar el 23 de Septiembre, a la una de la mañana, una carta a «Tip-toes».

La una menos cuarto sonó en el reloj de la iglesia...

Las dos mujeres que aguardaban a la heroína de esta novela, se estremecieron largamente. Hasta ellas llegó el rumor de un «auto», que se acercaba a la casa...»

Pero dejemos para más tarde este pequeño mundo de la fantasía, que el novelista Enrique Valley había reflejado en las cuartillas, y volvamos a encontrar, en la vida real, a los personajes de la novela.

*
**

Pedro Smith, portero de la casa miserable en la que viven una corista de «varietés» y un escritor desconocido, tenía una culpa sobre su conciencia: la de haber permitido que su mujer le quitase los pantalones para ponérselos ella misma al cuarto de hora de echarles el cura las bendiciones, uniéndolos en matrimonio.

Vendedor ambulante de globos de niños y otras baratijas, Pedro Smith pasábase el día correteando por las calles en busca de clientes para su comercio, y al llegar la noche reclinábase en la estancia oscura y húmeda de la portería donde su mujer reinaba despóticamente.

Cerca el uno del otro, los dos sentados, el marido infla los globos que ha de poner a la venta al día siguiente y la mujer, los brazos cruzados sobre el vientre, observa la faena de Smith y, de cuando en cuando, expone el concepto que le merecen los inquilinos.

—Desde que el joven del segundo vino a esta casa, Ketty no lo deja ni a sol ni a sombra —dijo de pronto la portera—. ¡Ya sé yo en qué terminará todo esto!

Como conjurada por estas palabras de intención torcida, Ketty apareció en la puerta de la casa bailando, dando saltos, fingiendo graciosos pasos de danza, rica en alegría y en juventud. Así la sorprendió Enrique Valley, que regresaba entonces a su mugrienta habitación.

—Está usted muy contenta esta noche —le dijo él saludándola.

Ella redujo un poco su entusiasmo coreográfico y repuso:

—Yo siempre estoy contenta... De nada serviría que me pasase la vida suspirando.

Los dos jóvenes se aproximaron el uno al otro, mientras el portero Smith seguía inflando sus globos, tarea que abandonó un instante para decir a su mujer, respondiendo a sus malévolas insinuaciones:

—Las esperanzas de los jóvenes son como el aire que infla mis globos... Cuanto más aire, más suben, pero si se les pone demasiado, se rompen...

Enrique y Ketty continuaban a la entrada de la casa, cerca de las escaleras.

—Mi mayor ilusión—expuso Ketty—es la de ser un día estrella de «music-hall»... Ahora estamos ensayando una revista, para salir de «tourné» dentro de dos semanas... Pero conservaré mi habitación, para volver a ella cuando regrese.

—¿No olvidará usted el camino de esta casa? —preguntó él con su voz triste de hombre enfermo de sueños que no puede realizar.

—Yo no olvido sino lo que quiero olvidar—repuso la corista.

Rióse con una risa de claras sonoridades y añadió:

—Y usted ¿qué hace?... ¿Sigue escribiendo?

—Sí, yo escribo siempre... Eso me distrae. Pero me apena el que ningún editor quiera mis novelas. Dicen que son demasiado irreales...

Al pobre Smith se le rompió un globo en aquel instante, por haberlo querido inflar demasiado, y el buen hombre comentó:

—¡Así es la vida!

Ketty tendía entonces su mano a Enrique, que la oprimió entre las suyas con visible emoción.

—¡Adiós, señor poeta!... ¡La Reina del «music-hall» desea una buena noche al famoso escritor!

Se despidieron. Como todas las noches ella le saludaba con una sonrisa y con una frase amiga, llena de fe en el futuro, y él respondía al saludo con su mirada dulce y triste en que la ambición del triunfo y de la gloria ponía un rápido destello de luz.

Encadenados por la necesidad, la existencia de los dos jóvenes deslizábase de esta manera, siempre con la esperanza puesta en que la aurora de un destino luminoso los alumbrase algún día.

En las mañanas de sol, el despertar de Ketty era alegre y rumoroso como el gorjeo de un pájaro. En cambio para Enrique Valley todas las mañanas eran iguales, de afanoso trabajo sobre las cuartillas, hacia las que se inclinaba su frente pensativa.

Por las noches, Ketty llamaba a la puerta de su cuarto.

—No se vaya usted a creer —decíale— que le estoy haciendo el amor... Es que he pensado que una taza de café podría inspirarle, y vengo a traérsela.

El aceptaba agradecido aquella atención delicada, se entraba de nuevo a su cuarto, bebía un sorbo de café y volvía a salir, dirigiéndose al cuarto de la joven.

—¡Me llamaba usted? —preguntábale Ketty, como si se sorprendiese al verle.

Enrique titubeaba antes de contestar, y luego los dos sentábanse en las escaleras y hablaban de sus ilusiones.

—La portera nos está escuchando —aseguró Ketty súbitamente al oír los pasos de la señora Smith, que figaba con una vecina desde la portería—. ¿Acaso hay algo de malo en que dos personas se sienten en la escalera a hablar de una novela?

—Creo que no —dijo Valley.

—¿Pues entonces?... A ver, dígame, ¿será alegre su próximo libro?

—No, el que estoy escribiendo ahora no le gustará... Es demasiado triste.

—¿Por qué escribe usted siempre cosas tristes?

Con un gesto de amargura en los labios, él contestó:

—Porque la vida está llena de tristeza... Por eso titularé mi nueva novela: «Las lágrimas del mundo».

—Yo haré que cambie su manera de pensar, probándole que si los pobres lloran a veces, también saben reír... ¿O es que no ve usted nada en la vida que pueda darle la felicidad?

La portera, que los estaba oyendo, dijo a su marido, al volver a la portería:

—¿No te decía yo que ella acabaría por constarlo?

El pobre Smith movió la cabeza, sin decir ni que sí ni que no, y su mujer agregó:

—¡Gracias a Dios, a ti te tengo bien cogido! Acerca de esto no cabía la menor duda, y el vendedor de globos, convencido de su desgracia, adoptó una expresión lamentable, de víctima indefensa a la que nada puede salvar.

Y pasaron los días y llegó el del último ensayo de la revista.

Antes de marcharse, «Tip-toes» vió a Enrique.

—Hasta luego—le dijo—; termina hoy tu novela y esta noche me la leerás.

En las escaleras, la corista encontróse con Smith, quien la saludó en sorna:

—¡Vaya usted con Dios, futura estrella de «music-hall»!

Llegó un poco tarde al ensayo, apenas con el tiempo suficiente para cambiarse de ropas cuando el director ordenó:

—¡Vamos, en seguida! ¡Ensayo con trajes!

Aquel día, Ketty, sintiendo como nunca su afán de triunfar, hizo alarde de sus gracias durante el ensayo, y fué tan acertado su trabajo, que uno de los empresarios dijo al director de orquesta:

—Fíjese usted en «Tip-toes»... Está hoy más bonita y más graciosa que nunca.

Mientras tanto, Enrique Valley seguía hilvando los últimos párrafos de su novela.

En el mundo dorado de la fantasía, el nove-

lista ya había hecho estrella a su protagonista, y en el fondo, algo le decía que no se equivocaba mucho...

Por la noche, al regresar del ensayo, «Tip-toes» quiso dar a su sueño un poco de realidad, disfrazándose de estrella y poniéndose a



...«Tip-toes» quiso dar a su sueño un poco de realidad, disfrazándose de estrella...

realizar su trabajo de artista en la escena miserable de su habitación. Pero esto no le importaba y, tal como si se hallase delante de un público

numeroso y actuando en un gran escenario, ella hacía gala de sus habilidades, lanzando sonrisas a unos imaginarios espectadores...

En la portería, Smith alzó la cabeza, prescindiendo de la atención al ruido que con su farsa hacía la corista.

—¿Qué miras, imbécil?—le preguntó su mujer—¿Acaso esperas que sus pantorrillas pasen a través del techo?

La portera subió dispuesta a calmar el entusiasmo de Ketty, la cual se desprendió de sus arreos para decir a la fisgona:

—¿Es que no voy a poder bailar en mi cuarto? Yo no tengo la culpa de que la casa sea vieja y que, al saltar, les caiga polvo encima... De todos modos hay un remedio: no ponga usted la cabeza debajo de mis pies.

Volvióse a su cuarto Ketty y allí fué a buscarla Enrique.

Ella le abrió y los dos se sentaron en su sitio de siempre, en las escaleras.

—¿Es esa la novela?—preguntó Ketty apuntando al fajo de cuartillas que él llevaba debajo del brazo—. Espero que, por lo menos, habrá dos o tres muertes y mucha pasión...

—¿Oye usted?—dijo la portera a una vecina que la acompañaba en su fisgoneo—. ¡Pasión y muerte!

Enrique fijó entonces su mirada en las cuartillas y comenzó a leer...

II

Ketty interrumpió de pronto la lectura...

—¡Pero si lo que estás leyendo es nuestra historia!—exclamó con alborozo—. Aquí aparezo yo bailando en la calle, cuando tú me conociste... Sigue, sigue...

Enrique prosiguió leyendo, y llegaron al capítulo titulado *El jazz-band*, la música salvaje que ella encontraba divina...

Con voz lenta, el novelista leyó:

... La risa alegre y prolongada de la turba en delirio, apagaba las notas violentas de la orquesta...

Los ojos abiertos de Ketty iban dando forma a las fantasías de la novela, y ella creía ver la sala del baile, llena de un público febril que danzaba frenéticamente sacudido por las disonancias del «jazz».

Y Enrique seguía leyendo. Sus palabras caían en la noche de la casa miserable donde vivían, y su voz cálida adornaba con el ropaje de la ilusión aquella escalera infecta y aquellas paredes desconchadas...

Siguiendo la trama de la novela, Enrique y Ketty hallábanse ahora en los salones donde las parejas de los que bailaban apretábanse,

confundiéndose, pisándose y respirando la atmósfera turbia de una muchedumbre a la que la música excitaba despertándole los apetitos de las malas pasiones.

—Ven, vamos a bailar un «shimmy» —dijo Enrique a la joven.

—Yo me voy... Este sitio y estas gentes me hacen el efecto de encontrarme en un manicomio.

Ketty sentíase a disgusto en aquel lugar.

—Vámonos de aquí—dijo.

Enrique la siguió, y los dos, siempre juntos, atravesaron barrios desiertos, de calles estrechas, oscuras y silenciosas, hasta llegar a casa de sus únicos amigos: el violinista Carlos Albert y su hija Elena.

Fueron recibidos con agrado. Aquella noche hacíase música en el piso de Albert y, con este motivo, habíanse reunido allí un grupo de artistas.

Pasaron una velada deliciosa. Tarde ya, después de media noche, se despidieron del violinista y de sus amigos. Elena, la hija de Albert, los acompañó hasta la puerta, y al decirse adiós, Ketty, sin que pudiese asegurarlo, creyó haber visto cómo brillaban las llamas del amor en los ojos de la joven al dar su mano a Enrique.

En cuanto se encontraron solos en la calle, Ketty preguntó a su novio:

—¿Quién te gusta más: Elena o yo?

—¡Qué tonta!—exclamó él.

Y no dijo más, pues no era necesario.

Cogidos del brazo, volvieron a su casa, a la

hora en que cerraban sus puertas las tabernas del barrio.

Ketty encontró en su cuarto una carta; la leyó apresuradamente y dió un salto de alegría.

Lo mismo le pasaba a él, y los dos se encontraron, cuando el uno se dirigía a la habitación del otro para darse la buena noticia.

—¡Mi editor me acepta un cuento y me paga por él dos libras esterlinas!—exclamó Enrique.

—¡Y a mí me eligen para primera figura de la revista que vamos a llevar a provincias!—exclamó ella—. ¡Mañana salimos, tal vez por un año, tal vez por dos!... ¡Mi primer paso está dado!

Oyendo a Ketty, Enrique sintió una horrible impresión de angustia.

—¡Yo seré para el público la Reina de la Alegría!—añadió ella—. ¡Y tú serás su novelista predilecto!

Ketty no advertía la inmensa amargura que se reflejaba en el rostro de su amigo.

—Mañana empezará para nosotros una nueva existencia—siguió diciendo—, y yo me despidiré de esta casita a la que quiero tanto...

Su voz tembló penosamente. La idea de separarse de él acababa de herirle de súbito.

—¡Prometamos que, suceda lo que suceda, dentro de dos años, tal día como hoy, nos encontraremos aquí a esta hora: la una de la madrugada!

Un acento solemne vibró en las palabras de Ketty.

—No sé por qué, pero tengo miedo, «Tip-toes»—dijo él—. Te prometo, sin embargo, que,

rico o pobre, triunfador o fracasado, acudiré a la cita.

Ella lo miró con absoluta confianza, ofreciéndole la seguridad de su cariño, cuyo tranquilo curso nadie podría interrumpir.

—Démonos nuestro último adiós en esta escalera que fué testigo de nuestros sueños — dijo.

Se encontraron sus manos, a las que la emoción hacía temblar.

—¿Qué nos reservará el destino en estos dos años?—preguntó Kitty.

El no contestó. No podía. En su garganta había sollozos...

Así fué cómo se dispidieron Enrique Valley, novelista desconocido, y la corista de «varietés» Kitty Adams, más conocida por el sobrenombre de «Tip-toes», en la noche que precedió al día en que un nuevo destino debía comenzar a lucir para ellos.

*
**

Han transcurrido casi dos veranos. Enrique Valley, fracasado en sus ideales, sin ánimos

para proseguir la lucha, minado por el microbio de la tisis, arrastra los jirones de su vida miserable por todos los tugurios, durmiendo en albergues nocturnos donde no se refugian sino los que ya sólo son sombras de hombres...

De sus sueños de otros días, de las rientes ilusiones de los tiempos en que aun confiaba en el triunfo, no queda más que el recuerdo, un lejano recuerdo que poco a poco se va ocultando, borrándose de la memoria...

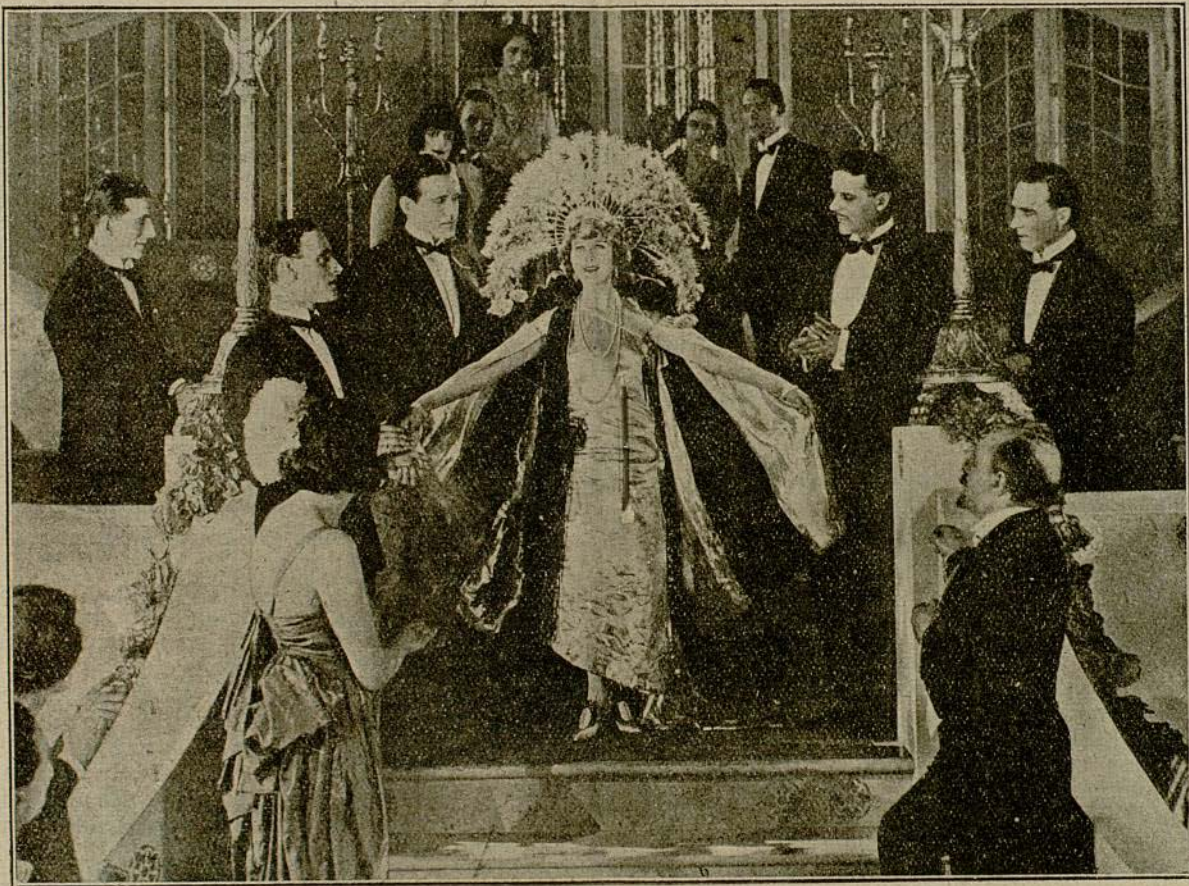
Y, mientras tanto, «Tip-toes», rodeada del brillo de las noches de gala, sonríe a la vida. Ella ha logrado alcanzar la meta de sus ambiciones. Uno por uno sus sueños se han realizado. El favor público le concede sus halagos, aplaudiéndola en la escena, y los empresarios bordan para ella con oro sus ofertas...

Todas las noches, al aparecer en escena, los espectadores le rinden el tributo de su admiración, y «Tip-toes» encadena la suerte con la gracia de su arte.

No sabe la antigua corista que el único hombre que le pronosticó su fortuna y que por primera vez le dijo palabras de amor, pasea su angustia, en esas noches que ella llena con su triunfo, por las callejas sórdidas de Londres, sin fuerzas ya para sostener sobre sus cansados hombros el peso de la existencia.

Carlos Albert, el violinista, le vió una noche y lo llamó, corriendo tras él; pero Enrique desapareció en la revuelta de una calle y el músico no pudo alcanzarlo.

Se lo dijo a su hija Elena, al volver a su casa.



Cierto día, hallándose con unos amigos en el reservado de un restaurante, descendió al salón,...

—¡Es horrible!... ¡Acabo de ver a Valley salir del albergue nocturno que hay cerca del río!

En el fondo de su corazón guardaba Elena, como en un arcano, su amor sin esperanzas por el vencido.

La revelación de su padre prodújole una increíble tortura, y, queriendo salvar a Enrique, en cuanto Albert se acostó, la joven salió de su casa dirigiéndose al albergue. Pero aquella noche Enrique no estaba allí, y con el alma rota por la desesperanza, Elena tuvo que renunciar a sus pesquisas.

Era la hora en que concluía el espectáculo en que actuaba «Tip-toes». En su vida de triunfo, la antigua corista llevaba tras sí, como una estela, el amor de un verdadero «gentleman»: Santiago Larson.

En cuanto concluía su trabajo, él presentábase en su camerino llevándole siempre un magnífico ramo de flores.

—¿Me permite usted que la acompañe a su casa?—preguntábale.

«Tip-toes» accedía, segura como estaba de la caballerosidad de su apasionado.

Ahora vivía en un hotel lujoso, en el que reinaba la distinción y el buen gusto que ella sabía imponer a todas sus cosas.

La noche era de bochorno.

—Salgamos a tomar un poco el fresco, ¿quiere usted, Santiago?

Abrió las ventanas y se asomó al balcón, a donde él la siguió.

A poca distancia del hotel, desde la esquina de una calle, noche tras noche, Enrique, oculto en la sombra y aplanado por su derrota, es-

piaba aquellas ventanas, detrás de las cuales el éxito tejía su áurea tela.

Después de permanecer un rato en el balcón, «Tip-toes» y Larson entráronse de nuevo.

—Voy a darle a usted una sorpresa, Santiago... Quiero que usted conozca a la «Tip-toes» de hace dos años.

El quiso oponerse, pero ella desapareció en su gabinete, en el que hizo su transformación, reapareciendo al poco vestida como en la época en que aun no era corista y se ganaba la vida bailando por las calles.

—¡Aquí está la verdadera «Tip-toes»!—exclamó poniéndose delante de Larson—. ¿Cómo me encuentra usted?

—¡Siempre encantadora!... pero... ¿para qué evocar lo que ya pasó?

Ella adoptó una actitud severa.

—He hecho esto para que usted sepa quién fué la mujer que ahora pretende.

—¡Eso no me importa!—afirmó él con vehemencia—. Yo vuelvo a rogarle que acceda a realizar mis esperanzas de felicidad.

—Entonces... ¿insiste usted en presentarme a su madre?—preguntó ella.

—¿Por qué no?

En lo íntimo de su corazón, «Tip-toes» deseaba apagar aquel amor al que no podía corresponder. Mas ¿cómo lograrlo?

—Es muy tarde, y usted debe estar fatigado, Santiago—dijo Ketty.

Larson comprendió lo que se le quería decir. Levantóse y se inclinó ante la joven.

Poco después, «Tip-toes», sola en su hotel,

volvía a asomarse al balcón y repetía su pregunta de todas las noches:

—¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿Dónde estás?

Aquel grito fué absorbido por el silencio. Nadie contestó a él.

Y la artista aclamada por todos los públicos, la que con su sonrisa arrancaba formidables ovaciones, tuvo su hora de amargura, llorando la pena de no saber de él.

Porque desde hacía dos años, ni un día ni un instante, se apartó de su pensamiento el recuerdo del hombre que iluminó su miseria de corista con sueños de gloria y de amor.

III

Pasado algún tiempo, «Tip-toes» volvió a ver a Santiago Larson en el restaurante de moda. Cenaron juntos y él insistió de nuevo en sus pretensiones.

—Terminemos de una vez con esta situa-

ción—dijo Larson—. Ya sabe usted que mi mayor deseo es presentarla a mi madre.

—Y yo—repuso ella—le he dicho ya que, aun sintiéndolo mucho, no puedo corresponder a sus deseos.

En el alma de la mujer seguía resonando el



—¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿Dónde estás?

grito de siempre: ¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿Por qué tendremos que esperar todavía?

Pero «Tip-toes» no podía permanecer triste mucho tiempo... La vida loca la arrastraba en

su torbellino. Por algo era la Reina de la Alegría.

Cierto día hallándose con unos amigos en el reservado de un restaurante, descendió al salón, donde trabajaba un grupo de danzarinas.

Ella sentía vivos deseos de bailar también,



... donde trabajaba un grupo de danzarinas.

y, entre los aplausos entusiastas de los concurrentes al restaurante, aquella noche «Tip-toes» regaló con su arte a sus eternos admiradores, a los mismos que, horas antes, la habían aplaudido en la escena y que ahora la aplaudían de nuevo.

En tanto Valley seguía cayendo, hundiéndose cada vez más, precipitado por su desgracia en los abismos del hambre y del dolor.

Llegó un momento en que el vencido, sintiendo que sus fuerzas se agotaban, acordóse de que aun le quedaba un amigo: el viejo violinista Carlos Albert, al cual podría recurrir en la seguridad de que lo recibiría con los brazos abiertos.

Estaba transido de frío y de miseria. Además, como si todo quisiera concitarse contra él, había comenzado a llover.

El agua iba empapando sus ropas. Del cielo negro caía la lluvia en gruesas gotas, y para el desgraciado Valley todo se volvía hosco y enemigo, lo mismo el cielo que la tierra encharcada.

Sin embargo, él conocía los éxitos de su antigua novia. ¿Por qué, pues, no acudía a ella?... ¿Acaso por no turbar la gloria de la joven con su angustiosa miseria?...

¡Y eso que entonces «Tip-toes» sólo pensaba en él!

Acababa de volver a su reservado, después de satisfacer sus deseos bailando por capricho. Santiago Larson no estaba allí; pero en cambio, se encontraban su empresario y otros señores, quienes acogieron a la artista calurosamente.

Un momento—dijo el empresario—. Voy a hablar con unos amigos de la próxima revista.

—A propósito de escritores... Acabo de dar a la imprenta una novela preciosa.

El que hablaba era un famoso editor.

—¿Cómo se titula?—preguntó, como inspirada, «Tip-toes».

—Se titula «Las lágrimas del mundo», y me atrevo a asegurar que se trata de una verdadera obra de arte.

La respiración de «Tip-toes» se hizo ahogada después de oír el título de la novela que, hacía dos años, había escrito su novio.

—El autor se llama Enrique Valley—siguió diciendo el editor—, pero no se le encuentra por parte alguna. Yo tengo el manuscrito en mi poder hace mucho tiempo, y por fin me he decidido a editarlo.

«Tip-toes» se puso en pie bruscamente.

—Yo conozco a ese escritor y lo encontraré—dijo—. Voy a decirle a Larson que me marche.

Santiago acompañó a Ketty a su casa. Ella necesitaba poner término a las esperanzas del «gentleman» para sentirse más libre y correr en busca de Enrique.

—Tengo que hablarle—dijo ella.

—Ya la escucho.

«Tip-toes» pasóse las manos por el rostro, como si quisiera librarse de alguna inquietud, y suavemente, con voz que procuró hacer acariciadora, refirióle su historia a Larson.

—Ahora—concluyó—yo quisiera que usted comprendiese... ¡El es mi primero y mi único amor!

Larson logró dominar la inmensa amargura que le produjo el fin que a sus esperanzas ponía Ketty. Levantóse en silencio y, siempre correcto, se despidió para siempre de aquella mujer que no podía amarle.

«Tip-toes» apresuróse a idear un plan para descubrir el paradero de Valley.

—¿Dónde te encuentras esta noche, Enrique?—preguntó con angustia—. ¿Por qué no me has escrito ni una sola vez en estos dos años?

Enrique marchaba entonces, bajo un horrible aguacero, por las calles sombrías, en busca del refugio de Albert. Jadeando, con el pecho destrozado por los golpes de tos, el joven andaba con paso cansino, sufriendo los embates de la lluvia, cegado por el agua, tropezando en



...y, siempre correcto, se despidió para siempre de aquella mujer que no podía amarle.

todos los obstáculos, temiendo, a cada paso que daba, caer para no levantarse más.

Y sucedía esto cuando su nombre comenzaba a ser pronunciado con admiración por los pocos que conocían su última novela.

Tal como lo había anunciado el editor, su libro «Las lágrimas del mundo», componíase a toda prisa.

En la imprenta ya se hacían comentarios, mientras los tipos de metal fijaban en el papel blanco las palabras que habían de otorgar el triunfo al que las había escrito.

—¡Es maravilloso!—exclamó un corrector.— Dentro de dos días, el autor de esta novela se despertará repentinamente célebre...

Y aquella noche, «Tip-toes» decidióse a visitar al violinista Albert, para preguntarle por su amado.

Elena salió a recibirla; su padre no estaba en casa. Celosa de su rival, la hija del violinista nada quiso decirle de la desastrosa suerte de Enrique, y a las preguntas de Ketty contestó:

—No he vuelto a verle desde la noche en que ustedes dos vinieron juntos a esta casa... hace ya dos años.

Desvanecida la esperanza de encontrarlo, «Tip-toes» dió su tarjeta a Elena.

—Yo tengo que salir mañana para París—le dijo—. Le dejo mi dirección. Si usted sabe algo de él, le agradeceré en el alma me lo comunique.

Salió. Montó en su «auto». Cerróse la puerta de la casa de Albert. Y mientras Ketty volvía a su vida de alegres triunfos, por la noche lluviosa, camino de la vivienda de Elena, arrastrábase Valley, doblegado por la desgracia y consumido por la tisis.

Vacilaban sus pasos. Bajo la torrencera que caía de lo alto, su cuerpo enfermo se inclinaba y sus manos tanteaban buscando apoyo.

Al fin llegó a la puerta de Albert y, sin fuerzas para llamar, derrumbóse en el suelo, don-

de le encontró el músico cuando regresaba a su casa.

Padre e hija se apresuraron a trasladarle al interior, acomodándole en un lecho.

Entonces comenzaron a desfilar por la cabecera del enfermo las horas largas de la tristeza y de la soledad.

—El pobre está muy grave—dijo Albert a su hija.—En su delirio pronuncia un nombre que no logro entender claramente...

Elena, sin habérselo oído pronunciar, sabía qué nombre era este, y sus manos rasgaron la tarjeta que le diera Ketty con su dirección.

En el silencio denso de la noche, Elena, con su amor callado y sin esperanza, velaba a la cabecera del herido de muerte...

Una vez se inclinó hacia él y lo besó. Enrique, sintiendo la caricia, abrió los ojos y apenas si pudo sonreír...

Luego volvió a dormirse, invadido por un sueño delirante.

Y llegó el día en que se cumplían los dos años de separación, el día en que Valley y Ketty, cumpliendo su promesa, debían acudir a la cita que se dieran en la casa miserable donde habían transcurrido sus primeros años de juventud.

Ketty estaba muy contenta. Mientras se arreglaba para acudir a la cita, no cesaba de decir:

—¡Esta noche!... ¡Esta noche lo veré!

Y allá en su casa, a la misma hora, el violinista Albert, con una carta en las manos, gemía:

—¡Esta noche!... ¡Esta noche sabrá la verdad!

La señora Smith, la portera, y su vecina, esperaban a «Tip-toes» con inquietud.

Abajo, los cocineros enviados por la artista se daban prisa para que la cena estuviera dispuesta en cuanto llegase Ketty.

Y Ketty llegó; subió a su antigua habitación



...enlazó sus manos con las de la portera y la vecina, poniéndose las tres a bailar una danza absurda.

y, loca de alegría, enlazó sus manos con las de la portera y la vecina, poniéndose las tres a bailar una danza absurda.

¡«Tip-toes» no podía con su alegría y necesitaba compartirla con los demás!

En el mar sin costas del tiempo, cayó una hora.

—¡La una menos cuarto!—exclamó Ketty.

Desembarazó sus manos de las manos de las mujeres, y dijo:

—¡Váyansel... Necesito estar sola.

La señora Smith y la vecina dejaron la habitación que «Tip-toes», con un poco de gozo y un mucho de amor adornó en seguida, convirtiéndola en una especie de gruta encantada, donde ella esperaba celebrar su primera fiesta de amor.

Un hombre de edad avanzada acercábase, en tanto, a aquella casa; cruzó el portal y se puso a subir las escaleras.

Ketty ya no podía resistir la angustia de la espera.

De pronto un reloj dió la una y la puerta del cuarto entreabrióse lentamente.

—¡La una!... ¡Mi Enrique!—exclamó Ketty.

Se hizo atrás. Albert estaba frente a ella y le ofrecía una carta. Con mano temblorosa, «Tip-toes» la cogió y ni aun pudo responder al saludo que le hacía Albert despidiéndose.

Rasgó el sobre y los ojos de la joven leyeron lo siguiente:

«...Siento que la muerte se acerca. Por eso te escribo ahora... Ya no te besaré más, nunca más. Pero no llores. La Reina de la Alegría no debe llorar. Si muero antes del 23 de septiembre, estas líneas irán a decirte que mi alma te acompañará cuando acudas a la cita... Adiós, «Tip-toes» de mi vida, mi sueño imposible...»

Ketty cerró los ojos. Volvió a abrirlos. La carta seguía allí, en sus manos... De nuevo leyó: «...mi alma te acompañará...»

Acercóse a la mesa dispuesta para la fiesta de su amor, vertió vino en dos copas, alzó la suya en alto, y dijo:



Ketty cerró los ojos. Volvió a abrirlos. La carta seguía allí, en sus manos...

—¡Por tít... ¡Tu alma está conmigo!

Luego arrojó la copa, miró delante de sí con terrible fijeza y, sin un gemido, sin un grito, desplomóse, rompiendo el velo de gasa con que había adornado aquella habitación en la que acababan de entrar las aves del dolor, espantando los coros de amorcillos a los que

«Tip-toes» soñara con oír cantar las alegres estrofas de los esponsalicios.

Aquí concluye el viaje por los países encantados de la fantasía.

Otra vez volvemos a la realidad.

Y la realidad es que Enrique Valley ha terminado de leer su novela a Ketty Adams.

Los dos jóvenes se encuentran en la escalera angosta y mugrienta de la casa en que viven.

La noche pasó a su lado sin que ellos, entretenidos en la lectura, hubiesen advertido que se acercaba el día.

Están solos, con sus sueños de siempre.

—Tu novela es muy bonita, pero muy triste— dice Ketty.—Es necesario que modifiques el final, poniendo en él un poco de felicidad...

Ketty lo mira sonriéndole intensamente. Súbitamente, Enrique le enlaza la cintura y la besa diciéndole:

—¿Quieres que concluya así?

Y ella no contesta, porque sus labios sienten la impresión dulcísima de los labios de Valley.

FIN

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

(Prohibida la reproducción)

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Tenemos el honor de participar a nuestros numerosos y distinguidos lectores que, por ampliación de nuestras oficinas, nos hemos trasladado a la

Gran Vía Layetana, 12

donde han quedado instalados desde el 1.º de Septiembre de 1924 nuestros despacho y almacén.

Toda la correspondencia deberá, pues, sernos dirigida a

Gran Vía Layetana, 12

PRÓXIMO NÚMERO:

la dramática producción alemana

EL NIDO DE AMOR

interpretada por

MARGIT BARNAY y PAUL WEGENER

POSTAL-FOTOGRAFIA: Geraldine Farrar

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio, 25 cts.